ha tenido como primordial intención en estas páginas, señalar el americanismo de la obra de aquel que fué primer escritor criollo del Perú.

JOSÉ NUCETE-SARDI,
Caracas.

RICARDO ROJAS, *Archipiélago*.—Buenos Aires, Editorial Losada, 1942.
250 pp.

Ricardo Rojas pagó con moneda del mejor cuño el castigo político. Durante su confinamiento en el Onaisín, entre enero y mayo de 1934, para distraerse del incierto cautiverio, según su propia expresión, se dedicó a escribir las páginas de *Archipiélago*. Su distracción ha resultado una obra ponderable por su estilo, su forma, y por el ideal de sano patriotismo en que se inspira.

Sin prescindir de la leyenda —la del mitológico Kuanip, hijo del Sol y de la Luna, virtuoso héroe de los *onas*—, sin descuidar el vuelo literario en magníficas descripciones y sin caer en desahogos personales, que motivos tenía, Rojas realizó su trabajo con el propósito de ser útil a su país y de modo particular a esa parte que tan poco y tan mal conocemos los argentinos.

Satisface con facilidad su deseo brindando una minuciosa narración geográfica e histórica, que es a la vez un alegato reivindicatorio de los primitivos habitantes de la insula fueguina —*onas* y *yaganes* hoy desaparecidos— y una crítica constructiva de la incuria gubernamental. Señala con propiedad la inacción oficial de nuestro país en aquel trozo del territorio nacional y destaca, con fines de emulación, la obra provechosa de Chile en el extremo sur del continente.

Archipiélago se lee con interés y es un libro recomendable, tanto por lo que descubre como fruto de sus atinadas observaciones, como por lo que tiene de incitante para la reflexión del lector.

CARLOS TOLEDO LEDUC,
Tucumán.

SAÚL TABORDA, *La crisis espiritual y el ideario argentino*.—Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1941. 67 pp.

Con esa vertical hondura y diáfana visión del alto pensador y analista sagaz, el autor de este ensayo, de fuerte prestigio en el estudio de los problemas sociales y las disciplinas humanas, así como en el campo de la militancia ideológica argentina, se encamina a mostrar una faz pavorosa del tiempo de ahora, de éste en que yacemos engrillados en la tribulación

del mañana. Nos transmite el autor la realidad moral, física, económica y política de un mundo en el cual nos hallamos inmersos y del cual extrae las palpitaciones más inquietantes, en definidas e intensas conclusiones, con esa autoridad de quien sigue una trayectoria sin apartarse de ella ni por las alternativas de la convivencia, ni por los honores de la posición ni por el drama que nos depara el destino.

Muchos de los pensamientos del autor definen el sentido de la época y califican las peculiaridades del momento.

Temperamento sensible y espiritualizado, en que confluyen las corrientes más nobles de la inquietud americana y de la humana consagración, vida mental especializada en las altas meditaciones, su obra presente, como la ya realizada, trasuntan invariablemente una vocación de lucha y una perdurable enseñanza de apólogo edificante.

Saúl Taborda se acercó más de una vez a hurgar en el incipiente organismo nacional, en los problemas de su mundo, en la pluralidad de sus manifestaciones, para hallar el exacto diagnóstico y el condigno remedio a los males que lo quiebran y lo enervan. Es una desazón de orden máximo y de máxima rebeldía lo que lo induce a descender hasta el fondo de la espiritualidad argentina para descubrir el secreto de su inercia, movilizar su conciencia democrática en este momento de su historia y buscar la fórmula salvadora. Plantea de esta suerte el autor el pánico de la civilización en una aparente paradoja frente a la ansiedad que experimenta el mundo no obstante los "refinamientos" del instinto en todos los órdenes de la vida.

Constituye este trabajo un brillante despliegue de ideas y conceptos jurídicos, doctrinas económicas y concepciones políticas frente a la crisis del hombre, a la proscripción del intelectualismo en el manejo del Estado y al orden que lo rige.

CARLOS VARELA AVELLANEDA

GABRIEL MÉNDEZ PLANCARTE, *Bello*.—México, Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, 1943. (Vol. VIII de la Serie "El Pensamiento de América".)

Nadie más indicado para seleccionar y prologar este volumen antológico de un gran humanista, que otro —joven y ya ilustre— humanista. Si el nombre de Andrés Bello viene de inmediato a la mente cuando se reflexiona sobre los primados del humanismo en América, el nombre de Gabriel Méndez Plancarte se apresura en quien desea reseñar el estado actual del humanismo mexicano.